



Edel Mary Quinn

Testigo de primera línea

INTRODUCCIÓN

Edel Mary Quinn es una joven irlandesa a punto de convertirse en gloria nacional de su país y en una figura legendaria en tierras africanas.

Esta presente biografía, muy resumida, sólo pretende hacer llegar lo más lejos posible la irradiación de su vida heroica, porque constituye una verdadera honra de la Iglesia y de la Legión de María.

Edel Quinn es una joven frágil, desahuciada por los médicos, que, a pesar de ello, se va como misionera seglar para fundar la Legión de María en África Central y en África Oriental de habla inglesa. Su vida es un reto a las prudencias demasiado precavidas; en ella se demuestra, una vez más, la viabilidad de la locura de la cruz.

Además, Edel Quinn es un ejemplo para los miembros del gran ejército mariano que es la Legión de María. Su historia personal es una fuerte motivación a tomar el Evangelio en serio, atreviéndose a poner la vida al servicio de Dios. Encarna el coraje y el heroísmo. Es el tipo del legionario que se enrola, negándose a sí mismo toda posibilidad de retroceso, y cuya fe salta abismos y remueve montañas. La misma Santa Sede se dignó anunciar a Dublín su muerte rindiéndole así un emocionante homenaje.

Edel ha dejado una huella duradera de su tránsito por este mundo. La Iglesia ha arraigado con mayor firmeza en las tierras roturadas a su paso. Suscitó apóstoles capaces de comprender que un cristianismo, que no sea apostólico, reniega de sí mismo. También hizo amar a la Virgen con una intensidad que prolonga, mucho más allá de su muerte, el beneficio de su corta vida.

Edel proclamó, a su manera, que el apostolado brota de las profundidades de la contemplación y que el amor devorador de Dios se encarna en un amor sobrehumano hacia nuestros hermanos. Como Marta a los ojos del mundo y María a los de Dios, conjugó con maravillosa profundidad esta doble y única vocación.

Entre sus escasas pertenencias se hallaron dos libros reveladores de lo que llenaba su corazón: "El secreto de María", de San Luis María de Montfort, y el "Manual de la Legión". El alma profunda de Edel se situó en la confluencia de ambas corrientes. Tal vez sea éste el mensaje principal de su vida: la unión de la oración con la acción.

LOS PRIMEROS AÑOS

Edel Mary Quinn nació en Greenane, pequeña localidad del condado de Cork (Irlanda), el 14 de septiembre de 1907. La profesión de su padre, empleado de Banca, obligó a la familia a frecuentes desplazamientos, hasta que en 1924 se instaló definitivamente en Dublín.

Durante los primeros años de su infancia asistió a la escuela de las Hermanas de Loreto; más tarde fue alumna de un internado en Inglaterra. Una de sus profesoras anota este rasgo de su carácter: "Soportaba en silencio sus disgustos personales con tal serenidad que hacía creer a muchos que no tenía ninguna preocupación".

Sin terminar el ciclo de estudios, reveses de fortuna obligaron a sus padres a traerla a casa. Edel es la mayor de cinco hermanos; por tanto debe ser la primera en hacer frente a la vida para crearse una situación que le permita ayudar a los suyos.

Asombraba a los extraños por la madurez de sus reflexiones y por su discernimiento concreto, rápido y seguro. Según parece, estaba muy bien dotada para los estudios superiores. La vida la bloqueará a medio camino en el proceso de su formación, pero le proporcionará otros recursos y posibilidades: una experiencia y unos dones naturales que utilizará plenamente.

De una generosidad absoluta, daba cuanto se le pedía siempre con idéntico desprendimiento interior y con un mismo y entero entusiasmo. Nunca la vio nadie deprimida o desmoralizada. No daba a conocer, ni siquiera en el círculo familiar, sus emociones íntimas y, menos aún, su vida interior. Resolvía todas las dificultades con un humor comunicativo que no perdería nunca.

COMIENZA LA VIDA

A los 19 años empieza a trabajar en una empresa importadora de materiales para la construcción, revelándose pronto como una empleada modelo, por lo que ejerció más adelante algunas funciones de gerencia.

Su tiempo libre lo dedica a un club social, en el que es miembro del comité, atendiendo especialmente a la educación y al esparcimiento de las jóvenes, prestándose incluso a escribir comedias, algunas de las cuales fueron interpretadas. Sus distracciones favoritas eran el baile y el tenis.

Durante la semana asiste generalmente a misa de siete. En esta época escribe: "Siento en mí un enorme vacío el día que me faltan la misa y la comunión". El domingo lo dedica enteramente a Dios acudiendo a varias misas, ya que Edel, como todas las almas sencillas, va directamente a lo esencial. Ve a Dios bajo las sagradas especies de pan y vino. Ha encontrado la mejor parte, un anticipo del cielo. Su alma contemplativa respira a gusto. Siente hondamente la necesidad del recogimiento y la oración. Escribió un día: "Más que en otra cosa, creo en el poder de la oración".

Así va madurando la idea de ingresar en las Clarisas de Belfast para llevar una vida de intensa oración y penitencia, pero sabe que debe esperar el momento en que los suyos puedan prescindir de ella.

Con motivo de esta decisión irrevocable, no acepta la proposición de matrimonio que le hace el jefe de su empresa, quien bajo su influencia había vuelto a la práctica de la religión.

DESCUBRE LA LEGIÓN DE MARÍA

La vida de Edel transcurre de una manera uniforme y normal, pero algo va a revolucionar su existencia y a convertirse en el factor dominante de su vida, haciendo de esta empleada anónima una heroína del apostolado misionero. Este algo será la Legión de María.

Este Movimiento había nacido en septiembre de 1921, cuando un reducido grupo de personas se reunió en torno a una imagen de la Virgen con el deseo de dedicarse al apostolado directamente espiritual. Uno de estos miembros, llamado Frank Duff, propuso llevar a la acción las consecuencias de la verdadera devoción a la Santísima Virgen y practicar la doctrina del Cuerpo Místico de Cristo. La Legión de María no es

sino la realización práctica de estos principios.

Edel conoce la Legión de María por una amiga que le invita a asistir a una de sus reuniones, y ya desde el primer momento pide ser admitida. Piensa que la Legión de María le ofrece la posibilidad de amar y servir a Dios directamente en las almas, hasta que pueda consagrarse definitivamente a Él. El primer praesidium del que forma parte como miembro activo se llama "Nuestra Señora de las Victorias".

Constatamos aquí algunas impresiones de sus hermanas del grupo:

— "Edel era atractiva y vestía siempre con distinción. Daba la impresión de tener poca salud".

— "Tenía una acusada personalidad; era muy silenciosa y reservada".

— "Era tan luminosa la radiación espiritual de sus ojos, que hubiera dicho se trataba de chorros de luz procedentes de una fuente oculta".

— "Intentaba continuamente que leyera 'El secreto de María'".

Edel sobrepasó muy pronto el mínimo de dos horas de apostolado semanales, dedicando hasta cinco tardes a la semana, especialmente las de los domingos.

Sus deberes legionarios eran sagrados y se las arreglaba para conciliarlos con sus obligaciones familiares. Una de sus amigas dice de ella: "En su actitud se sentía tanto su cálida simpatía, que era una de las pocas personas que sin ofender pueden sonreír al hablar a alguien que sufre. Sus palabras, sus miradas y el tono de su voz mostraban que experimentaba y participaba profundamente del dolor que se le confiaba. Consiguientemente, las almas se le abrían fácilmente, y su popularidad era inmensa".

LA PRUEBA

Edel espera la hora en que su sueño de vida contemplativa pueda realizarse. Su hábito religioso está ya dispuesto; incluso se lo enseña a una amiga. Pero en este momento Dios va a echar a rodar los preparativos, imponiendo su voluntad, a veces desconcertante.

Edel cae repentinamente enferma. El médico es radical en su diagnóstico: reposo absoluto en un sanatorio, poca esperanza de curación, tuberculosis aguda.

Ella se somete sonriente a la voluntad de Dios y entra en el sanatorio de Newcastle el 5 de febrero de 1932. Permanecerá en el centro hospitalario durante 18 meses.

También allí consigue captar rápidamente la simpatía de las otras enfermas, logrando reclutar un gran número de miembros auxiliares para la Legión. Una de ellas, con la que mantendrá una estrecha comunicación, aun desde África, describe así a la Edel de aquella época: "Era todo gentileza y espíritu de servicio con los demás, multiplicándose sin medida para poder ayudar y reconfortar a sus compañeras. De carácter sólidamente templado, de constante e invencible buen humor, sembraba la alegría a su alrededor. Parecía que la enfermedad no le pesaba; nunca decía nada de ella ni jamás se le oyó una queja. Daba la impresión de que estaba pasando unas vacaciones. Aunque sufrió terriblemente de frío, rehusaba las botellas de agua caliente y no amontonaba mantas sobre la cama. Su pasión por la mortificación no la abandonaba y no podía creer que la enfermedad la dispensase de las penitencias".

Consagra a la lectura gran parte de su forzado reposo, siendo sus autores

preferidos San Juan de la Cruz, Santa Teresa del Niño Jesús, la Madre Juliana de Norwich y otros, cuyas obras poseía. Intercambiaba con gusto estos libros y compartía los descubrimientos.

Después de los 18 meses en el sanatorio, Edel decide terminar con lo que considera una vida de pereza e inacción, y a pesar de la oposición de los médicos, que no la consideran curada, regresa a su hogar.

LA VIDA COTIDIANA

Durante los primeros tiempos de su vuelta al hogar, Edel observa las prescripciones médicas. Pero al cabo de algunos meses, como su salud no mejora, opta por no preocuparse de ella. Busca empleo y se coloca como secretaria.

Sigue su camino como si el problema de su salud estuviera resuelto. Nadie sabrá nunca a qué precio. Edel es la mujer fuerte y animosa que cumple con su deber, e incluso va más allá de él, con esa suprema elegancia que cubre el esfuerzo y la virtud. Será cosa de Dios conducir su vida lo mejor que se pueda según sus designios; su único deseo es dejarle hacer.

Para Edel el deber del apostolado no es un lujo; sencillamente es un deber de estado, por lo que aspira a volver a su puesto de miembro activo en la Legión de María. Le confían la vicepresidencia de un grupo de jóvenes, y se consagra de todo corazón a la tarea encomendada.

Se levanta todos los días muy temprano y asiste a la eucaristía en las Carmelitas. Antes o después dedica como mínimo media hora a la meditación. Practicaba el recogimiento interior, esforzándose por vivir en la presencia de Dios. Su conversación revelaba una singular comprensión de las verdades divinas. Penetraba profundamente los grandes misterios de la religión y parecía tener cierto conocimiento experimental de alguno de ellos. Cuando iba a la ciudad, en cuanto encontraba un lugar algo tranquilo rezaba el Rosario. Todos los días pasaba fielmente los quince misterios y, además, frecuentemente, el Rosario de la reunión.

LA LLAMADA DE ÁFRICA

En 1928 la Legión de María cruza el mar y pone el pie en Escocia. Es la señal de una gran expansión que va a alcanzar a los cinco continentes. Todos están sorprendidos de este crecimiento, menos Frank Duff, que desde el principio ha comprendido que la Legión posee un mecanismo capaz de revolucionar el mundo entero.

En 1930 se propaga por la India y en 1931 comienza la expansión en América. El primer grupito se ha convertido en Legión por el solo impulso de su propio dinamismo.

Edel ha reanudado valientemente su vida de apostolado y de trabajo. Estamos ya a comienzos de 1936. Tras quince días de dinamismo evangelizador en Gales, ha palpado de cerca lo que se podría realizar movilizándolo a seglares valientes. Impulsada por esta experiencia, se ofrece para ir a Inglaterra como enviada de la Legión. Se le responde que pensarán esta proposición, y la respuesta viene bajo la forma de una llamada desde África.

La hermana Ruby Denisson dirigía la expansión en África del Sur. Ante su enorme tarea, pide ayuda a Dublín para desbrozar el inmenso territorio.

Y surgió la idea: puesto que Edel se ofrecía voluntaria para ir a Inglaterra, ¿por qué no

proponerle África? Teniendo en cuenta su estado de salud, se discutió detenidamente el asunto y finalmente se sometió a su decisión. Edel aceptó sin un segundo de duda. Su respuesta denotaba tal alegría interior que llamó la atención de todos los testigos, que vieron en ello una indicación providencial.

Se apresuró a renunciar a su empleo y comenzó inmediatamente los preparativos de su marcha.

Finalmente se considera que será más necesaria su presencia en África Central. Edel no iría a una misión sostenida por una comunidad religiosa que la respaldara, que abriera sus casas a su paso y le indicara una tarea concreta. Iría sola, sin apoyo, a la buena de Dios.

LA DESPEDIDA

Antes de abandonar Irlanda, se une a la peregrinación legionaria que va a Lourdes, para confiar su misión a Nuestra Señora.

Por aquel entonces era Delegado Apostólico en África Monseñor Riberi. Nadie conocía mejor que él la Legión de María, ya que la había seguido de cerca desde sus orígenes, siendo conquistado por su dinamismo natural y sobrenatural. Tanto es así, que su apoyo ha sido uno de los más valiosos para la expansión de la Legión en el mundo.

Durante su corta estancia en Dublín recibe a Frank Duff y a Edel Quinn, comprometiéndose a escribir una carta de presentación para recomendar la misión de Edel.

Los últimos días transcurren entre despedidas. Las hace con toda sencillez y naturalidad, ya que siente horror a atraer la atención sobre sí misma. Pero sin duda experimenta un vivo dolor por la separación de los suyos, a los que ama entrañablemente.

El 24 de octubre Edel abandona Irlanda. Todos los que van a despedirla se preguntan si su salud resistirá las fatigas y privaciones que le esperan. Ella sonrío valiente y felizmente mientras el barco se separa de su tierra natal.

Un pequeño grupo de legionarios la acompañan hasta Inglaterra. En Londres se dedica a efectuar algunas visitas a los Padres Misioneros, por cuyas misiones va a pasar. El viernes 30 de octubre toma el barco que ha de conducirla a África. Entonces se hace algunas fotografías con los legionarios para perpetuar los últimos momentos. Todos los que la han acampanado tienen los ojos llenos de lágrimas mientras la saludan ya desde lejos.

El barco se aleja lentamente.

SU CAMPO DE ACCIÓN

Durante la travesía, su primer gesto es escribir al hermano Frank Duff. Sabe que gracias a él se encuentra en aquel barco y desea agradecerse: "¡Cómo conforta saber que tiene confianza en mí, y de qué ayuda me servirá en adelante! Me gustaría que se acordase siempre de que, suceda lo que suceda, le estoy agradecida por haberme proporcionado la posibilidad de partir. Sólo deseo una cosa: no decepcionar a la Legión cuando se trate de comenzar de verdad. Estoy muy contenta de ir, y también los demás estarán contentos con el tiempo...".

El 25 de noviembre el barco entra en la rada de Mombasa, uno de los grandes puertos de la costa oriental africana. Monseñor Heffernan, Vicario Apostólico de Zanzíbar, le comunica

que debe continuar hasta Nairobi, lugar y población más indicados para su trabajo de expansión.

Se instala en el convento de las Hermanas de la Preciosa Sangre y comienza inmediatamente a observar su campo de acción. Nairobi es entonces una ciudad de unos cien mil habitantes, poblada por africanos, indios y europeos. En cuanto choque de civilizaciones y contraste de paisajes, es lugar de paso, sin alma propia, de atmósfera pagana y materializada.

Visita al Obispo de la ciudad, quien enterado de su misión le dice caritativamente y dándole carta blanca: "No se olvide de que aquí no estamos en Dublín ni en Irlanda".

En efecto, la vida católica entre los europeos que residen en el lugar no es nada intensa. Pero el mayor problema es la separación y hostilidad entre las razas. Los cristianos europeos, goanos y africanos se reúnen por separado. Dicen que es imposible hacer que la Legión sea aceptada por todos a la vez, y más aún crear grupos mixtos con los africanos, quienes por otra parte pertenecen a unas veinte tribus diferentes, cada una de las cuales se enorgullece de sus particularidades y su segregación.

Todas estas dificultades se condensan en una frase que Edel oirá constantemente: "Usted no conoce Nairobi", que es como decirle: "Renuncie".

Pero la Legión tiene gran experiencia en materia de imposibilidades. Edel comienza dando charlas informativas sobre la Legión de María, consiguiendo pronto la formación de un praesidium con seis mujeres.

Poco después se crea el primer praesidium africano integrado por trece hombres y tres mujeres. El trabajo de ellas consistía en enseñar el catecismo y visitar la sala de mujeres del hospital, mientras los hombres se dedicaban a visitar los hogares en busca de cristianos poco fervorosos, a la regularización de matrimonios y a la enseñanza del catecismo a los catecúmenos que estaban en la cárcel.

Se tradujeron al swahili las oraciones de la Tesslera, primer trabajo de este género que pronto tuvo que hacer Edel después de cada nueva extensión.

Anuncia a Dublín la buena nueva de estos comienzos y añade: "Si fracasamos, la culpa será mía. Por lo demás se ha logrado lo imposible; concedamos crédito a la gracia y a la fe".

CARRERA DE OBSTÁCULOS

Edel se enfrenta con la tarea de conseguir que la Legión sea aceptada respetando su espíritu y su método. Se trata de convencer a los misioneros y hacerles leer el Manual. Cada uno propone sus reformas: reuniones mensuales en vez de semanales, visitar solos y no por parejas, etc.

He aquí como relata el P. Reidy los primeros contactos de Edel: "Nadie puede realizar la enormidad de su tarea... Con su refinada sensibilidad y su penetrante espíritu realista ha tenido que experimentar que, a pesar de la buena voluntad de un pequeñísimo grupo de amigos, se halla prácticamente sola frente a una empresa tan gigantesca. Sus maneras no lo dejan entrever; al contrario, su aire juvenil y jubiloso contagia alegría. Su finísimo sentido del humor está siempre alerta. Ríe y hace reír a los demás, pero nunca de una manera frívola. Incluso en los momentos de más libertad revela un espíritu serio".

La fundación de los grupos contaba con numerosas e inevitables objeciones. Edel las acogía con gusto, pues comprendía que quienes las presentaban ignoraban del todo o

apenas conocían la Legión. Oponiéndose a ellas, era paciente, clara y concisa.

La idea de que una mujer hubiera sido encargada de propagar la Legión sorprendió mucho a los europeos. Pero a los africanos, para quienes la mujer apenas es otra cosa que un animal de carga, la llegada de la señorita Quinn como organizadora de la Legión debió parecerles no sólo extraño, sino absurdo.

La misión de Edel la ponía en contacto con personas de distintas nacionalidades, sacerdotes y seglares. Nunca dejó de lograr su simpatía, admiración y hasta colaboración. Frente a sus objeciones ponía en juego todos los recursos de su excepcional buen sentido. Por nada del mundo hubiese modificado una sola regla del Manual. "Hubiera sido como intentar señalar un camino en los bordes de un río", en expresión de un misionero.

Uno de los mayores obstáculos es el de los idiomas, tan numerosos a veces como las mismas tribus, razón por la que no es fácil traducir debidamente las oraciones legionarias. Compuso en inglés un breve resumen de las reglas de la Legión, que fue traducido al *kiswahili*, guardándose muy bien de caer en la tentación de hacer una reducción del Manual.

A falta de misionero intérprete utilizaba los servicios de traductores improvisados que conocían un poco el inglés. Ello no dejaba de tener sus riesgos. Así, cuenta que cierto día en Kabaa, mientras explicaba que no podría quedarse entre ellos pues no conocía el *wacambe*, el auditorio estalló en aplausos.

"Estuve a punto de desmayarme", escribe. Entonces le preguntó al intérprete: "Pero, ¿qué ha dicho usted?". Él ingenuamente respondió: "Todo el mundo está entusiasmado, porque usted va a aprender el *wacambe*".

Otro obstáculo es el ambiente impregnado de paganismo en que viven todavía los cristianos, y también la condición de las mujeres. Edel las exhortaba a hacer apostolado igual que los hombres, pero éste era un llamamiento revolucionario, teniendo en cuenta la situación de subordinación que venía ocupando la mujer.

Y además de estos prejuicios sociales, aún hay que vencer... la topografía. Especialmente por causa de las lluvias torrenciales se hacen impracticables los caminos en muchas épocas del año.

LA PRIMERA MIES

Edel se interna en territorio *kikuyu*, llegando hasta Mangu y Limuri. De allí alcanza Kombe, en Kuamba, y visita los territorios de las plantaciones que tienen su centro en Kalimoni. Normalmente el sacerdote habla de la Legión a los fieles en las Misas, convocándoles a una reunión que suele celebrarse al aire libre. Edel les dice que está dando la vuelta al mundo y que llega a ellos hoy. El tema habitual de su pequeño discurso de introducción suele tener algunas afirmaciones como éstas:

- La Virgen Santísima quiere continuar dando a Jesús al mundo.
- No es cristiano quien no va hacia su hermano para darle también a Jesús.
- María nos llama y nos ofrece su instrumento: la Legión. ¿Vamos a negarle nuestra ayuda?

Y termina con un llamamiento a la confianza y a la fe.

Al africano le gusta estudiar las cuestiones en todos los sentidos y con calma. Por tanto, se decide dejarles reflexionar, y esto obliga a Edel a hacer constantes viajes y largas esperas.

Poco a poco se van formando nuevos praesidia, teniendo como principales cometidos la enseñanza del catecismo a los niños en edad escolar, visitar a los enfermos y a los cristianos negligentes, la ayuda a la Iglesia y, sobre todo, dotarlos de un espíritu tal que de regreso a sus tribus funden a su vez nuevos praesidia.

Su tarea es sembrar y sembrar. Otros cosecharán. Toda su ambición es hacer conocer el instrumento de la gracia de Nuestra Señora, encarnarla de una manera concreta y precisa, y practicar el deber apostólico de todo bautizado.

El primer fruto de esta obra de infiltración será la fundación de la curia de Nairobi el 4 de abril de 1937. A causa de las enormes distancias se convino reunirse cada seis semanas en una misión distinta.

El Acies se desarrolló según el ceremonial tradicional. Alrededor de la imagen de María Medianera se agrupan los praesidia tanto indígenas como no indígenas. Es el triunfo de Nuestra Señora que une a sus hijos por encima de las diferencias de lenguas, razas o colores. La fórmula de la consagración se dice en inglés, kiswahili y kikuyo. Edel ha realizado el milagro de la unidad fraterna.

El trabajo fecundo de la Legión atrae la atención y simpatía de los misioneros. Se han comprobado conversiones, retorno a los sacramentos, una nueva intensidad de vida cristiana y una notable transformación de los propios miembros.

En una carta escrita por esta época a sus superiores de Inglaterra, un misionero traduce así su reconocimiento: "La Legión de María es la mayor ayuda de que disponemos. Sobrepasa con mucho nuestras más osadas esperanzas. Verdaderamente, la Santísima Virgen ha hecho maravillas por su mediación en el corto espacio de seis meses que nos separa de sus comienzos: promueve un gran fervor en nuestros cristianos y es la mayor garantía de progreso. Desde entonces ya no nos sorprende ver cómo acuden de nuevo a la Iglesia un gran número de cristianos tibios, al tiempo que las escuelas se pueblan de catecúmenos. Verdaderamente ha pasado el Espíritu. Estas primicias, ya tan ricas, dejan entrever las cosechas del mañana".

UN DOCUMENTO HISTÓRICO

Monseñor A. Riberi, Delegado Apostólico del África Misionera, le presta el apoyo prometido enviando una carta circular a los treinta y tres obispos de su jurisdicción, en la que presenta a la Legión de María como el Movimiento ideal para desarrollar la Acción Católica tan querida por el Santo Padre. Les indica que la señorita Edel Quinn está dispuesta a prestar su ayuda para organizar la Legión donde quiera que se le solicite.

Esta carta da a Edel una especie de investidura misional. Leyéndola con el gozo que puede suponerse, y pensando en los treinta y tres obispos afectados por este llamamiento, y en el inmenso trabajo que se abre ante ella, no puede menos que comunicar a Dublín lo que le ha dicho un misionero: "Ya será usted vieja cuando haya terminado esa gira".

Como consecuencia de las visitas de Edel, van surgiendo grupos en las misiones que rodean el monte Kilimanjaro. Edel no hace más que poner los cimientos; más tarde espera volver a inspeccionar el trabajo. Sus informes a Dublín recogen sus correrías de puesto en puesto. Siguiendo las indicaciones recibidas, acude a donde la llaman. Parece no tener en el fondo del corazón más que una plegaria: "Señor, condúceme allí

donde te ame y te sirva mejor".

Una hermana de la Congregación de la Preciosa Sangre nos cuenta la impresión que guarda de Edel: "Me acuerdo perfectamente del día en que la vi por primera vez en Kilema. Su amabilidad unida a una gran sencillez y, por encima de todo, su alegría conquistaron los corazones de todos. En la misión de Kilema tuvimos la impresión de que se trataba de una verdadera santa 'de incógnito'. No siempre ni en todas partes era recibida con entusiasmo; si ha logrado fundar praesidia en casi todas las misiones y los ha hecho funcionar, ha sido gracias a sus esfuerzos heroicos, a su fortaleza de espíritu y a su perseverancia. Era la persona más olvidada de sí misma que he conocido".

EN ROLLS-ROYCE

En el curso de sus innumerables viajes Edel se da cuenta de que lo dificultoso e inseguro de los transportes obstruye su labor. Y decide pedir a Dublín autorización para comprar un coche. Consigue un "Ford V-8" muy destartado, al que llama su Rolls-Royce, y un conductor mahometano, llamado Alí.

Sin detenerse a pensar ni en el tiempo ni en los caminos, Edel visitará y atravesará las comarcas más inaccesibles, llegando hasta lugares a los que ninguna otra mujer europea se atrevería a acercarse.

A propósito de los viajes que Edel realizaba en coche, un misionero escribe: "Viajar no es fácil en África; los puestos de misión están casi siempre muy distantes; las carreteras y caminos son terribles y a veces impracticables durante la estación de las lluvias. La señorita Quinn tenía un viejo coche de dos plazas, bastante destrozado; pero el estrépito que causaba a su llegada, perforando el silencio africano, se convirtió en un sonido esperado con alegría en más de una solitaria misión".

Gracias a su coche Edel puede recorrer África sin estar a merced de otros. De esta manera aprovecha para emprender un viaje por un mundo todavía desconocido para ella: Uganda.

En Boluba, comarca aislada donde existe un centro de leprosos, establece un praesidium con tres leprosos y cinco empleados. Cinco meses después de su llegada a Uganda, escribe desde allí: "Espero ir a Kampala de camino para otras dos misiones. Esto completará el recorrido del vicariato. Prácticamente todas las misiones, excepto cuatro, tienen la Legión, y entre esas cuatro, hay dos puestos que sin duda la aceptarán".

Ahora que puede viajar en "Rolls-Royce", su movilidad se acentúa. Se ponía en contacto con las misiones y recogía algunos encargos para el recorrido. Un día recogió a un Hermano del Espíritu Santo, sin fijarse en que uno de los neumáticos delanteros estaba ya desgastado. Estalló la cámara y se puso otra que duró algunos kilómetros. Durante los dos días de viaje el Hermano y el conductor tuvieron que reparar siete reventones. El Hermano se tomó un día de vacaciones al llegar a la misión, y Monseñor reconoció que se lo tenía bien ganado.

Edel rodará, pues, sin pararse a prestar atención ni a las bromas ni al angustioso ruido del motor, ni incluso a los caminos retirados o abandonados. Seguirá valientemente, sin pensar siquiera en el peligro, pues aunque no se fíe demasiado de su "Rolls-Royce", sí confía siempre en la providencia de Dios.

AL MARGEN DE LA GUERRA

Estamos en septiembre de 1939. El cielo político de Europa se ha oscurecido definitivamente. ¿Entrará África en la guerra? ¿Se internará a los misioneros pertenecientes a las naciones beligerantes o se encontrará la fórmula que permita salvar lo esencial de la gran obra misionera?

Llegan interrogantes para Edel que ha fundado la Legión en horas tan aciagas. Algunos le preguntan con ironía: "¿Era el momento? ¿No resulta ingenua la pretensión de fundar grupos, que mañana pueden encontrarse dispersos por los cuatro puntos cardinales? No es prudente construir en medio de un terremoto...". Así discurrían los sabios, y todas las apariencias les daban la razón.

Edel sacaba de su fe otra clase de razones. Había leído en el Evangelio que quien ha puesto la mano en el arado no debe volverse atrás. Suceda lo que suceda, no volverá a Irlanda. Su elección está hecha. Si le cortan todo contacto con su patria, y con ello todos los medios de vida, se ganará el pan sobre el terreno; eso es todo. Sus cartas son, en este aspecto, de una completa claridad. Que nadie se inquiete por ella, porque hay una Providencia.

Y escribe en una de sus escasas notas íntimas: "¡Qué confianza tan ilimitada deberíamos tener en el amor de Dios! Nunca podremos amarlo demasiado; démonos a Él totalmente sin preguntar por el premio; Dios responderá fielmente a nuestra fe. Hagamos por Él lo que podamos y confiemos en Él, que nos dará cada día fuerzas para cumplir el trabajo que nos ha encomendado".

Y comenta convencida a Dublín: "En lo que se refiere a mi labor, ahora es cuando va a comenzar a ser verdaderamente útil. La guerra dificultará el envío de nuevos misioneros de Europa; por tanto, el hecho de que el pueblo sea en adelante capaz de hacer apostolado por sí mismo tendrá grandes consecuencias".

El reino de Edel no es de este mundo. Piensa que cuando los hijos se pelean, es cuando más falta hace hablarles de su Madre y agruparlos en su entorno de fraternidad. Por

ello prosigue pausada y progresivamente su tarea, ya que sólo vive para ella.

He aquí el recuerdo personal de un misionero, el Padre A. Jong, de la misión de Morogoro: "He encontrado a la señorita Quinn en un pequeño puesto de misión, en el que hablaba de su tema habitual: la Legión. A las once de la mañana se fue a cien kilómetros de allí, volviendo a las diez de la mañana siguiente con un encargo del Obispo para mí. Al instante volvió a marchar para una gira de ciento setenta y cinco kilómetros. Como yo iba en la misma dirección, me hizo subir a su coche, dejándome en mi misión a sesenta kilómetros de allí y volvió a partir. Dos días más tarde, llegó a casa a las once y pidió le diera la Comunión. Después de su acción de gracias, contó sus aventuras. Según venía a nuestra misión se le había atascado el coche, que tuvo que dejar abandonado. Después de andar dieciséis kilómetros, llegó a un albergue donde pudo reposar, pero no encontró nada para comer. A la mañana siguiente, muy temprano, fue con un mecánico a buscar el coche, y cuando pudo rodar de nuevo, se encaminó a nuestra misión. Durante todo este tiempo no había tomado alimento alguno con el fin de poder comulgar, permaneciendo en ayunas, por los menos, durante diecisiete horas. Me parece que este relato prueba suficientemente cómo empleaba el tiempo y con qué ardor deseaba nutrirse de nuestro Señor".

EN LA ISLA MAURICIO

A comienzos de 1940 Edel se hace a la mar camino de la isla Mauricio, a petición de Monseñor Leen, Arzobispo de Port-Louis. Éste la recibió calurosamente, y bajo sus auspicios inicia su labor de penetración. Tiene el inconveniente de que no se expresa en francés, idioma común de la isla, y que la Legión aún no había sido introducida en Francia, careciendo de Manual en esta lengua; pero a su favor tiene a la Virgen, por quien sienten gran devoción los mauricianos, al Arzobispo y su sonrisa.

No se hizo esperar la fundación de la curia con diecinueve praesidia. Para su inauguración se eligió la fecha del 28 de abril, festividad de San Luis María de Montfort. Un telegrama cursado a Dublín en nombre de los legionarios prometía la leal adhesión de todos al Concilium.

La gran labor que tiene en la isla Mauricio le obliga a multiplicar su presencia. Edel escribe a Dublín: "Tengo un montón de cosas por hacer. Este mes han empezado ocho praesidia; el cuidado de estos grupos, la visita a los que están a punto de iniciarse y el contacto con los ya existentes apenas me dejan tiempo ni para comer".

El día 9 de mayo se celebra en la catedral de Port-Louis el primer Acies. Asisten el Arzobispo y veinte directores espirituales; casi trescientos legionarios activos se consagran a Nuestra Señora.

Edel ha cimentado sólidamente la Legión en la isla Mauricio. Sólo han pasado nueve meses escasos desde su llegada y ya funcionan treinta grupos en diecinueve parroquias. Las estadísticas citan los resultados habidos después de algunos años de apostolado, los cuales bastarían por sí solos para la gloria de Edel.

Ha sonado, por tanto, la hora de partir, y decide regresar a África continental, concretamente a Nyassa, país inexplorado aún por la Legión.

En el momento de embarcar Edel permanece sosegada, deseosa de evitar toda emoción, negándose a dejarse acompañar hasta el barco. Se marcha sola, como llegó, con la mirada puesta en el futuro.

VUELTA A ÁFRICA

A causa de la guerra el viaje desde la isla Mauricio a Nyassa se hizo por Durban. La mala travesía disminuye su resistencia física y llega a Durban exhausta. La presidenta de la curia acude a recibirla, y treinta minutos después de abandonar el barco ya se encuentra asistiendo a la junta de un praesidium.

Los legionarios se disputan su presidencia. Ella, después de pasar unos días en su compañía, se dirige de nuevo por mar a Beira y de allí a Limbe, punto final de su viaje.

Su fuerza espiritual somete a su cuerpo a pruebas que harían retroceder a los hombres más fuertes. Reconoce que a veces la gente se extraña de cómo una mujer pueda hacer tanta labor misionera.

Rebosa de alegría al verse de nuevo en África continental. Escribe a Dublín: "Gracias a Dios me mantengo en muy buena forma. Me parece como si hubiera sido ayer cuando llegué a África; sin embargo, hace ya cuatro años que dejé mi tierra natal, y salvo que me siento muy lejos de Irlanda y de vosotros, me agrada mucho estar aquí".

Trabaja simultáneamente en tres misiones: la primera situada sobre la meseta y las otras dos en la planicie, trasladándose a veces en bicicleta bajo el agobiante calor.

Monseñor Julien no oculta su admiración por los resultados de su trabajo y escribe a Edel en febrero de 1941: "Aprovecho esta ocasión para agradecerle muy sinceramente la buena labor que gracias a la Legión de María realiza usted en mi vicariato en favor de la Acción Católica. Estoy convencido de que la Bienaventurada Virgen María recompensará a todos los superiores que pongan su confianza en su Legión, y que logrará maravillosas conversiones".

Durante estos últimos meses en África, Edel menciona únicamente su salud para decir que está resuelta a tomarse de cuando en cuando unos fines de semana de descanso, pero que en realidad aún no ha logrado tener ninguno. Hasta que en una carta, con letra insegura, confiesa que ha tenido un acceso de disentería, al que sobrevino un ataque de malaria seguido de pleuresía. En esos momentos sólo pesa treinta y cuatro kilos. Tras un examen minucioso, el médico dice que, después de estos años en el trópico, Edel debe cambiar de clima, sugiriendo el de Johannesburgo, y hacer reposo absoluto.

Ella teme que todo esto dificulte la expansión de la Legión, por lo que pide en una carta que no se preocupen por ella si quieren designar otro enviado. Reafirma que ante todo quiere el bien de la Legión, pero que le encantaría poder proseguir después de seis meses de descanso.

DE SANATORIO EN SANATORIO

En abril de 1941 Edel ingresa en un sanatorio de Johannesburgo. Desgraciadamente no es un sanatorio católico; esto le privará de su gran consuelo: la Misa. En unas líneas íntimas escribe: "¡Qué solitaria sería la vida sin la Eucaristía! Tenemos que agradecer infinitamente a la Trinidad este don y acompañar al Señor en el Santo Sacramento. Queremos estar unidos a Él, darnos a Él por completo. Nuestra fe nos dice que Él está en la Eucaristía; vayamos a buscarlo allí. Si supiéramos donde encontrarlo en la tierra, haríamos cuanto pudiésemos para llegar hasta allí".

Estas líneas permiten apreciar el sacrificio que las circunstancias imponían a Edel. Este alejamiento de su centro vital le preocupaba infinitamente más que su salud. Confiesa que a su llegada al sanatorio le calculaban unos sesenta años de edad, pero la impresión que causa es la de una persona maravillosamente viva, llena de ánimo, que habla con avidez del momento en que podrá reemprender su trabajo.

Desde la cama del sanatorio no cesa de abrazar al mundo. Sigue los movimientos de los tres enviados que recorren América organizando allí centenares de grupos. Le apasionan los éxitos de John Murray, Mary Duffy y Una O'Byrne. Las noticias que recibe son para ella un reconstituyente, un aguijón. ¡Desea tanto volver a su tarea!

Después de seis meses de permanencia en el sanatorio se traslada a Umlamli, cerca de la ciudad de El Cabo, donde las Hermanas Dominicadas tienen un hospital de misión. Allí puede gozar de nuevo de la Misa y comunión diarias, y se palpa el afecto de que la rodean por estos recuerdos de la hermana Ann: "Tuve la suerte de trabajar en el hospital de Umlamli cuando Edel pasó por él. Su pacífico encanto la hacía querer por todos. Ponía luz en nuestra tarea a veces difícil, contando anécdotas ocurridas en Irlanda o durante sus viajes. Como un tesoro guardamos en nuestra memoria su manera de reír o de leernos pasajes de libros de su agrado. Durante varios meses después, la enfermera indígena y sus hijos continuaban yendo a su antigua habitación

preguntando: '¿Dónde está Miskum? ¿Cuándo volverá?'. Como sudafricana que soy, jamás podré expresar suficientemente lo que ella hizo por mi pueblo. En cuanto a mí, su paso será siempre un precioso recuerdo".

Los legionarios de los alrededores rivalizaban en prodigadle atenciones; le enviaban libros y cartas, de tal forma que le hacen exclamar: "Ahora soy yo un caso de visitar".

Poco a poco las fuerzas le vuelven, y forja proyectos para el porvenir. Dedicar muchas horas a la correspondencia con todos los Consejos fundados por ella, pero desea una actividad legionaria mayor.

Los médicos están de acuerdo en que podría regresar a Nairobi, no para reanudar su misión como enviada, pero sí para hacer un ligero trabajo con el mínimo desgaste físico.

EL TIEMPO APREMIA

En enero de 1943 Edel se encuentra de nuevo en Nairobi. Con el tiempo, y a un ritmo acelerado, recuperó sus ocupaciones legionarias. Aumentaron su correspondencia y sus actividades, ya que tratándose de la Legión lo olvidaba todo, en el estricto sentido de la palabra. Tanta era la pasión apostólica que sentía.

Ella misma hace notar:

— Mi vocación es legionaria: enviada y pretoriano. Estoy consagrada a trabajar para el Padre, por el Espíritu Santo de Jesús y María.

— Examen cotidiano a fin de ver hasta dónde se ha consagrado la jornada a Jesús y al Padre; con María, ser un canal de gracias para cada alma. María a través de mí.

— Cuando estoy tentada de criticar a los demás por su falta de interés o comprensión de la Legión, considerar qué esfuerzos he hecho o podría hacer en vistas a ayudarles o cambiarlos.

— Pedir a María que por mi intercesión le haga todo el bien posible, rectificar mis errores.

— Silenciar los pensamientos cuando esté tentada de criticar a los demás.

— Trabajar cuando a veces preferiríamos estar con Él.

— Si hay momentos en que nuestro deber es trabajar, gozarse de su voluntad, cumpliéndola.

— Últimos lazos a abandonar: la propiedad del alma, el poder sobre los propios actos, la libertad de decidir. Gozarse de que Dios nos lo pide por medio de sus representantes. Nada nos pertenece.

Con semejante llama en el alma, ¿cómo no trabajar hasta agotarse?

He aquí a la Edel de esta hora, vista por un misionero en una carta que dirige a Dublín: "Edel no está curada, y en términos humanos no curará jamás. Hay veces en que pienso que el socorro del Más Allá la hará capaz de continuar como está actualmente, para permanecer como un milagro permanente. Su comportamiento engaña sobre su estado real; su buen humor, lleno de entusiasmo, sus rápidos y enérgicos movimientos y su fervor hacen olvidar lo débil que está. Aquí se maravillan de ella. Ha hecho mucho bien desde su regreso a Nairobi; ha revitalizado los antiguos praesidia y ha creado otros tres nuevos. Su presencia no puede hacer más que el bien. Me parece la perfecta personificación del Manual, la encarnación del espíritu legionario. Aquí todos la quieren enormemente y le

tienen una excepcional estima; es un ángel legionario".

De todos los Consejos le llegan informes con datos elocuentes de que el grano de mostaza sembrado se ha convertido en un gran árbol. Edel agradece ante todo a Dios este ánimo; ve en ello una razón para apresurarse. Aligera el paso para trabajar todavía más durante el día. Es la hora de ser más fiel que nunca a sus resoluciones de retiro que anota en una agenda:

- Trabajar al día todo el día.
- Los santos no han desaprovechado nunca el tiempo.
- ¿Por qué perder un momento a lo largo de la ruta • durante las etapas?
- La eternidad se construye con instantes de tiempo. No despilfarrarlos jamás.
- Si por María se ha dado todo a Jesús, no se tiene el derecho de perder el tiempo. En raras ocasiones se habrán mantenido en pie tan espléndidas resoluciones...

ÚLTIMAS ETAPAS

Noviembre marca para Edel una gran fecha: la curia de Nairobi pasa a ser comitium, y ya se prevé la creación del senatus, que tuvo lugar en octubre de 1949, coronando su obra. Este Consejo atiende hoy día sus treinta y tres curias y cerca de cuatrocientos praesidia. Magnífica réplica de Nuestra Señora a quienes acogían a su mensajera con estos términos derrotistas: "Usted no conoce Nairobi". En efecto, ella no conocía Nairobi, pero sí la Virgen Santísima.

Edel piensa en la continuidad de su obra. Parece adivinar que la hermana Dikson, inglesa conversa del protestantismo, será la heredera de su vocación y la que culminará la obra que ella misma inició. La prepara multiplicando sus consejos y animándola para que emprenda sus primeras giras. Le escribe: "Ya sabe que en cierto modo abre el camino en esta parte del mundo; puede considerarse como una privilegiada de la Santísima Virgen. Es usted la primera legionaria de un praesidium de África Oriental, enviada oficialmente a expandir la fe. Es quizá un presagio de tiempos venideros. He advertido con frecuencia, especialmente después de las giras hechas en condiciones difíciles, que realmente Nuestra Señora aporta una ayuda muy especial y que también se reciben gracias especiales".

El 6 de marzo de 1944 Edel parte para el vicariato de Kisumu, que se encuentra a unas dieciocho horas de tren de Nairobi. Humanamente, su puesto está en el lecho; sin embargo se pone en viaje como si la muerte fuese una eventualidad que no le afectara. Edel prosigue su labor de expansión y vigilancia. Más muerta que viva, pero con el espíritu encendido por el amor entrañable a su vocación, se reintegra a Nairobi el 11 de abril.

EL SEÑOR LLEGA

Edel no teme a la muerte; lo único que desea es que sea rápida y discreta para no estorbar a los demás.

Demasiado débil para dirigirse a la iglesia, se asocia desde su habitación, que está contigua, a las Misas que allí se celebran.

Un misionero, que la visita, reconoce que su fin está próximo, pero como siempre permanece sonriente y alegre. Su amabilidad y dulzura acusan aún más el duelo que

se libra entre el alma viva y el cuerpo en ruinas.

El 12 de mayo se encuentra descansando en el jardín cuando le sobreviene un ataque. Avisado el sacerdote, le administra allí la unción de los enfermos. Recibe la comunión, degustación anticipada de la comunión de los santos y del paraíso que se entreabre, y besa repetidas veces el crucifijo. El Maestro ha oído su llamada y la ha recogido.

Como una delicada atención, las Hermanas adornan a Edel para su último sueño con el hábito inmaculado de religiosa de la Preciosa Sangre. Ramos de rosas y otras flores blancas son esparcidas con profusión sobre su lecho.

Edel, al fin, conoce el reposo de Dios. Por Él caminó a través de inmensas llanuras y sucumbió agotada y lejos de los suyos en tierra extraña. Separada de todo, murió como vivió: en la sencillez y el abandono total.

Los legionarios reivindicaron el honor de transportar sobre sus hombros los restos de Edel hasta el cementerio de los misioneros, donde por privilegio especial fue enterrada.

Primero en inglés, luego en kiswahili, suben al cielo las plegarias de la tessera legionaria.

Edel Quinn ha muerto lejos de su país y de los suyos, para que sus hijos espirituales en tierra africana puedan, a su vez, cumplir la profecía de Nuestra Señora. Ha conquistado para su Reina nuevas generaciones que cantarán su gloria. Este Magnificat salmodiado sobre su tumba es el adiós mariano de sus hijos de África.

El África indígena conserva piadosamente su memoria. Declaraba un misionero de Nairobi: "Mucho tiempo después de que hayamos desaparecido todos, el nombre de Edel Quinn será pronunciado con veneración en tierra africana".

En estas afligidas horas, un telegrama llegó aportando a toda la familia legionaria un gran consuelo. La Santa Sede, concedora del fallecimiento de Edel Quinn y temerosa de que Dublín, por causa de la guerra, no sea advertido, tuvo la delicadeza de transmitir y anunciar por sí misma la muerte.

Todos los obispos, directores espirituales y legionarios de Kenya, Tanganika y Uganda se unieron para rendirle un póstumo homenaje y perpetuar su recuerdo. Hicieron erigir sobre la tumba de Edel una magnífica cruz céltica, en recuerdo de Irlanda, en mármol de Kenya, su patria de adopción. En la base del monumento el ejército legionario inscribió el ideal que animó aquella vida:

EDEL QUINN,

ENVIADA DE LA LEGIÓN DE MARÍA EN ÁFRICA ORIENTAL DESDE EL 30 DE OCTUBRE DE 1936 AL 12 DE MAYO DE 1944, DÍA DE SU MUERTE EN NAIROBI, CUMPLIÓ ESTA MISIÓN CON TANTA ABNEGACIÓN Y VALOR, QUE SU SOLO PENSAMIENTO HACE VIBRAR EL CORAZÓN.

LA LEGIÓN DE MARÍA Y LA MISMA ÁFRICA LE DEBEN GRATITUD ETERNA. EL MISMO SANTO PADRE HA RENDIDO HOMENAJE A LOS GRANDES SERVICIOS QUE ELLA HA PRESTADO A LA IGLESIA. QUE VUESTRA BONDAD LE DÉ UN GENEROSO RECUERDO EN VUESTRAS ORACIONES.

R. I. P.

EL SECRETO DE UNA IRRADIACIÓN

La actividad misionera de Edel Quinn está registrada para siempre en los anales de la fe. Todos descubrieron que bajo su acción latía una profunda unión con Dios.

En cierto sentido, su vida de plena actividad exterior fue una larga soledad. Lejos de los suyos, entre extraños, cuyo idioma frecuentemente no comprendía, sin posibilidad de verdadero descanso, Edel vivía durante toda la jornada de su comunión matinal y divina. Vivía también con intensidad la unión con María. Consagrada a Ella según el espíritu de San Luis María de Montfort, releía incesantemente el "Secreto de María", saciando su sed en él como en fuente eterna.

He aquí alguna de sus anotaciones como muestra de que la Cruz estimula también su generosidad personal: "¡Qué pálido es nuestro amor por Cristo! ¡Qué poco dispuestos estamos a obrar y a sacrificarnos por Él hasta en las pequeñeces que exigen un esfuerzo mínimo! ¡Qué pocos son los corazones que le dan plena cabida! Hasta sus sacerdotes tienen otros intereses. Son raros los que le pertenecen por entero. ¿No podríamos tender a vaciar completamente nuestros corazones para que Él pudiera llenarlos íntegramente vertiendo en ellos su amor? ¡Qué difícil es suprimirlo todo! Pero, ¿qué menos podemos darle a Él?"

Santa Teresa de Ávila declara que la santidad consiste en el amor a Dios y al prójimo llevado hasta el olvido completo de uno mismo. Quienes conocieron a Edel Quinn pudieron ver la radiante encarnación de este ideal.

MENSAJE DE UNA VIDA

Edel Quinn ha caído apenas hace unos años en el frente de la Iglesia militante. El olvido crece de prisa sobre la tumba de las personas. El tiempo no respeta las glorias efímeras, pero despeja las perspectivas, pone de relieve lo que merece sobrevivir y tiene valor de eternidad. La caridad no muere. El ejemplo de una donación como la de Edel Quinn descuella cada vez más. Es un ejemplo demasiado alto y puro como para no atraer la atención y el respeto; y quizá, incluso más, si la Iglesia llegara a pronunciarse un día.

La vida de Edel puede suponer una valiosa ayuda para la sociedad y la Iglesia. Ella ilumina e ilustra lo que la Legión de María pide con insistencia a sus miembros: ánimo para emprender grandes cosas por Dios. Confrontada con la vida de Edel, la Promesa legionaria adquiere un acento auténticamente real. ¿No suplicábamos al Espíritu Santo que descendiese sobre nosotros para que nuestras acciones sean mantenidas por su poder y lleguen a ser instrumentos de sus poderosos designios?

La vida de Edel Quinn se presenta como demostración de esta acción del Espíritu Santo, que se apodera de un alma humilde y dócil, haciéndole rendir el ciento por uno. Para quien sabe que Dios es admirable en aquéllos a quienes santifica, es una espléndida invitación a la confianza.

Edel armoniza en su vida, de una manera extraordinaria, la oración y la acción. Su fe plena ha realizado esta síntesis:

No es a Edel a quien hemos visto vivir.
Es Cristo quien, en ella, ama a María.
Es María quien, en ella, ama a Jesús.

Este amor no es de este mundo; brota del Espíritu Santo.

La gloria de Edel Quinn consiste en haberse entregado sin reservas al ímpetu de este Amor y a su magnificencia, y en haber lanzado al mundo este grito de fe: "¡En cuanto a nosotros, hemos creído en el Amor!".



“En ninguna parte puso ella ningún impedimento. Nunca dijo: ¡Basta! Así continuó su marcha hasta que necesariamente alcanzó aquella estatura que podemos llamar sobrehumana, en la que su voluntad, juicio, devoción, inteligencia y todo lo demás suyo parece mayor y más allá de la naturaleza”.